

# HORA SANTA DE PENTECOSTÉS

Ana María Primo Yúfera  
dominica contemplativa

¡Buenas noches, Señor!

En estos momentos los cielos y la tierra están llenos de tu presencia. También lo está el corazón de todos los hombres. Estás presente en mi vida. Estás presente en los que te buscan con sincero corazón. Estás presente en los alejados de ti. Estás presente en los pobres, en los más pobres, en los más sufren. Y estás presente, de una manera muy singular, para los cristianos en el sacramento de la Eucaristía.

¡Buenas noches, Señor!

***"Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré"*** (Jn 16,7)

Era también una noche cuando nos prometiste un Abogado que nos defendiera, un Consolador que nos comprendiera. Era una forma cariñosa de despedirte... San Juan de Ávila, cuando meditaba ese anochecer de tu partida, exclamaba: "¡Señor, Consolador por Consolador! ¿Vos no sois buen Consolador?"... Tenía razón. Era mejor y más seguro el consuelo de tu presencia que cualquier promesa que presagiara tu ausencia... Por eso los discípulos se llenaban de tristeza... Ahora estamos contentos ya.

***"Era preciso que el Hijo del Hombre padeciera para entrar en su gloria..."***

Te la ganaste, Señor. ¡Nos la ganaste!. Y era justo que, luego del rojo atardecer, surgiera blanco el lucero... La túnica sangrante es ya luz cegadora... Y el Consolador ha desbordado los cálculos de aquellos temerosos Apóstoles...

Sólo Ella, la Madre, lo intuía certeramente. Por eso estaba allí caldeando el Cenáculo que iba a ser pronto incendio, y por eso la necesitamos aquí, para que dé a nuestra comunidad de amor y de oración ese estilo hogareño y familiar que su presencia imprime y que nos es imprescindible para recibir la irrupción del Espíritu.

***"Todos estaban reunidos y perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de María, la Madre de Jesús"*** (Hch 1,14)

(Momentos de silencio)

Señora nuestra del Cielo, a quien el Padre hizo Sagrario del Espíritu Santo. Mansión estable del Espíritu de Dios. Enséñanos a pedir ardientemente el Espíritu Santo para que transfigure nuestras vidas en el gozo de su Alegría eterna.

(Momentos de silencio)

¡Ven, Espíritu Santo!  
Tú que eres en tus dones, Dios espléndido.  
¡Ven, Tú que eres en las penas paz del llanto.

¡Ven, Tú que eres en nuestros estiajes lluvia suave, soplo fresco!  
¡Ven, ven, e ilumina nuestra ceguera, aclara nuestra ignorancia,  
ten piedad de nuestra necedad.

Dobléganos, ablándanos, fórjanos a tu estilo con tu fuego devorador.

Derrama tus dones en nuestro cuenco vacío.  
Haznos con tu Sabiduría, apasionados investigadores de Dios.  
Enséñanos a amar con estilo y temple divinos.  
Ven y lláganos con tu cauterio sanante y transformador.

**(Momentos de silencio)**

Ven, y marca a fuego en nuestras vidas, la pasión irresistible de amar a Dios, de pensar en Dios, de profundizar en Dios, de hablar de Dios.

Ven y cólmanos de su plenitud para que vivamos ese estado de alma que quiere imitar la unidad suprema, la paz y el silencio perenne que reinan en la beatísima Trinidad.

Danos, con tus dones, el don de la oración y de contemplación.

Enséñanos a respirar lo divino, a estar más donde tiende nuestro espíritu, que donde mora nuestro cuerpo.

Danos la percepción de tu Verdad y la excelencia de tu conocimiento para penetrar la sustancia de las cosas divinas; afina nuestra intuición para que capturemos tu sello, tu estilo, tu modo divino...

¡Infúndenos la impronta de Dios que sabe a eternidad, aunque hayas de taladrar con dolor nuestra dureza!

Haz que, por encima de nuestras resistencias e infidelidades, nos dejemos embestir por tu luz glorificadora y quemante, suave y fuerte.

Danos, con el baño de tu Espíritu, la inmovilidad serena de la vida trinitaria.

Enséñanos a ser movidos por ti.

Levántanos, a pesar de nuestro lastre humano, a las divinas operaciones de tu Ser en nuestro ser.

Afina nuestro paladar, robustece nuestra voluntad para romper moldes, superar esclavitudes y vivir la libertad de hijos en tu verdad deificante.

¡Danos saber a qué sabe la vida eterna!...

**(Momentos de silencio)**

Dice San Juan de la Cruz que "en la sustancia del alma pasa, se da, esta fiesta del Espíritu Santo". Y que "el negocio del alma es sólo recibir de Dios su Don..., y que todo es cosa del amor cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar..."

Señor Jesús: queremos llegar a vivir este festín del amor, que en el hondón del alma ejercita festivamente sus artes y sus juegos, descubriéndole sus riquezas y la gloria de su grandeza... Pero no sabemos, no podemos... ¡Deposita tú, en nuestra mano pobre, la riqueza de tu Don!

Ayúdanos a dar frutos de bondad y de alegría. Haz cristalizar nuestros esfuerzos por la santidad, en la vivencia profunda del espíritu de las bienaventuranzas, vértice más alto de la vida espiritual.

Haznos, Espíritu Divino, más espirituales, más evangélicos, más consecuentes con nuestro ideal de triunfo supremo del espíritu sobre la materia, de lo eterno sobre lo transitorio...

Ayúdanos, enséñanos a ser felices en el padecer, a saber estar solos, a carecer aún de lo necesario, a compartir, a romper lazos, dobligar durezas, borrar esquemas aparentes de santidad; a ser como el agua, que no pierde sus propiedades aunque tome la forma de la vasija que la contiene.

Enseñanos, ¡¡¡cuánto tienes que enseñarnos!!!, a vaciarnos sin reservas para tomar tu forma y adecuarnos así a las necesidades de cada hermano.

Tú, Espíritu de Amor, ¡fortalécenos!

¡Tú, que haces morir, y haces vivir!

(Momentos de silencio)

Tú, que nunca llagas sino para sanar, y nunca matas sino para dar vida, hiere nuestra alma hasta el último y más profundo centro, y transfórmala hasta ponerla que parezca Dios.

Tú, Padre de las luces, cuya mano es generosa, y con abundancia te derramas donde quiera hallas lugar: ¡purifícanos, haznos el don de la fidelidad al Amor!

Espíritu Santo, tú que en el seno de la Trinidad eres la Alegría eterna donde los Tres se contemplan, sé Tú la fuente insondable de nuestra alegría.

Espíritu Santo, que junto con el Padre y el Hijo, eres el lugar interior donde los Tres nos acogen, en el gozo de su intimidad y unidad, danos el gozo secreto de la comunión entre el Padre y el Hijo, y danos el gozo de la comunión con nuestros hermanos.

Espíritu Paráclito, que eres dado a la Iglesia como principio inagotable de su alegría de Esposa, danos la alegría única del Esposo y el gozo inextinguible de las Bodas.

Espíritu Santo de quien la Iglesia recibe su propia juventud, su fidelidad, su viviente creatividad, danos el gozo de la fecundidad.

Espíritu Santo, fuente de esperanza, que no te agotarás jamás en el curso de la historia, danos la alegría de la esperanza.

Espíritu Santo, que procediendo del Padre y del Hijo, eres comunicado a cada alma que se muestra disponible a tu acción íntima, ábrenos al gozo del Padre, ábrenos al gozo del Hijo, ábrenos al gozo de tu Ser.

¡Danos el gozo del silencio! ¡Danos el silencio del gozo!

Espíritu Santo, que habitas en el corazón del hombre, junto con el Padre y el Hijo, danos el gozo de la experiencia de Dios.

Espíritu Santo, por quien la presencia del Dios Trino nos envuelve con su ternura y nos penetra con su Vida, danos la misma alegría de Jesús de sabernos amados por el Padre con inefable Amor.

Espíritu Santo, que nos das la perfecta alegría en la posesión de Dios trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de Él, danos la alegría perfecta de la fe y del amor.

(Momentos de silencio)

Ven, Espíritu divino,  
manda tu luz desde el cielo.  
Padre amoroso del pobre;

don, en tus manos espléndido;  
luz que penetra las almas;  
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,  
descanso de nuestro esfuerzo,  
tregua en el duro trabajo,  
brisa en las horas de fuego,  
gozo de enjuga las lágrimas  
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,  
divina luz, y enriquécenos.  
Mira el vacío del hombre  
si tú le faltas por dentro;  
mira el poder del pecado  
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,  
sana el corazón enfermo,  
lava las manchas, infunde  
calor de vida en el hielo,  
doma el espíritu indómito,  
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones  
según la fe de tus siervos.  
Por tu bondad y tu gracia  
dale al esfuerzo su mérito;  
salva al que busca salvarse  
y danos tu gozo eterno.

Amén.